

Como escritor de *Vidas*, Felipe de Cominges se asemeja mucho á Plutarco, pero su sencillez es mas franca que la del biógrafo antiguo; Plutarco, que no tiene por lo regular sino el buen criterio de mostrarse sencillo, corre voluntariamente tras el pensamiento, siendo un agradable impostor que se vale de giros sin afectacion.

Es cierto que su instruccion es mas vasta que la de Cominges, y no obstante, el antiguo señor galo, con el Evangelio y su fe en los ermitaños, nos legó, á pesar de su ignorancia, Memorias llenas de enseñanzas. Entre los antiguos era preciso ser docto para escribir; pero entre nosotros, un solo cristiano, cuyo único estudio es el amor á Dios, suele componer un libro admirable: esto es lo que hizo decir á San Pablo: «*El que desnudo de la caridad, imagine ser instruido, nada sabe.*»

Rollin es el Fenelon de la Historia, pues embellece como este el Egipto y la Grecia. Los primeros tomos de su *Historia antigua* respiran el genio de la antigüedad; la narracion del virtuoso rector es robusta, sencilla y tranquila; y el Cristianismo, hablando por medio de su pluma, le presta la facultad de conmover profundamente. En sus escritos se descubre el *hombre de bien*, cuyo corazon es una fiesta continua, segun la maravillosa frase de la Escritura. No conocemos obras que brinden al alma mas grato solaz. Rollin ha derramado sobre los crímenes humanos la calma de una conciencia pura, y la persuasiva caridad de un apóstol de Jesucristo. ¿Será que nunca veremos renacer aquellos tiempos en que la educacion de la juventud y la esperanza de la posteridad estaban confiadas á tan dignos varones?

#### CAPITULO VIII.

Bossuet, historiador.

A pesar de lo expuesto, la obra en que puede admirarse la influencia del Genio del Cristianismo sobre el de la Historia, es el *Discurso sobre de la Historia universal*. Político como Tucídides, moral como Jenofonte, elocuente como Tito Livio, y tan profundo y gran pintor como Tácito, el obispo de Meaux emplea además un lenguaje grave y unos giros sublimes de que no hay ejemplo en parte alguna, exceptuando el principio del libro de los Macabeos.

Bossuet es mas que un mero historiador: es un Padre de la Iglesia, es un sacerdote inspirado, sobre cuya frente, como sobre la del legislador de los hebreos, resplandece con frecuencia el rayo de luz. ¡Qué exámen hace de la tierra! Hállase en mil lugares á la vez. Patriarca bajo la palmera de Tofel; ministro en la córte de Babilonia; sacerdote en Memfis; legislador en Esparta; ciudadano en Atenas y en Roma, cambia á su albedrío de tiempos y lugares, pasando así con la rapidez y la magestad de los siglos. Armado con la vara de la ley, é investido de una autoridad increíble, empuja en confuso tropel á los judíos y los gentiles al sepulcro; cierra personalmente la muchedumbre de las generaciones, y apoyándose en Isaías y en Jeremías, levanta sus lamentaciones proféticas á través del polvo y de las ruinas del género humano.

La primera parte del *Discurso sobre de la Historia universal* es admirable por lo que respecta á la narracion; la segunda por la sublimidad del estilo, y la elevada metafísica de las ideas; y la tercera por la profundidad de las miras morales y políticas. ¿Tito Livio y Salustio han escrito algo mas hermoso acerca de los romanos, que estas palabras del obispo de Meaux?

«El carácter del romano era, por decirlo así, el amor á su libertad y á su patria; una de estas cosas le hacia amar la otra, porque en el mero hecho de amar su libertad amaba tambien su patria como á una madre

que le alimentaba consentimientos igualmente generosos y libres.

»Bajo el nombre de libertad, los romanos, á semejanza de los griegos, concebían un estado en que nadie era súbdito sino de la ley, y en que esta era mas poderosa que todos.»

Al oír cuanto se declama contra la Religion, pudiera creerse que un sacerdote es necesariamente un esclavo, y que nadie, antes de nosotros, ha sabido discurrir dignamente acerca de la libertad; quien tal imagine, lea el artículo de Bossuet acerca de los griegos y romanos.

¿Quién ha hablado mejor que él de los vicios y las virtudes? ¿Quién ha juzgado con mas exactitud los acontecimientos humanos? De tiempo en tiempo hace brillar algunos de esos rasgos que no tienen modelo en la elocuencia antigua, y que proceden del mismo genio del Cristianismo. Por ejemplo, despues de haber admirado las pirámides de Egipto, añade: «Por extraordinarios que sean los esfuerzos del hombre, su nada se muestra en todas partes. Estas pirámides eran sepulcros; pero los reyes que las hicieron construir no tuvieron el poder de hacerse enterrar en ellas, y no pudieron gozar de su sepulcro.»

No sabemos decir si es aquí mayor la grandeza del pensamiento que la valentía de la expresion. La palabra *gozar*, aplicada á un sepulcro, declara á la vez la magnificencia de este, la vanidad de los Faraones que lo construyeron, la rapidez de nuestra existencia, y por último, la increíble nada del hombre, que no pudiendo poseer en la tierra otra realidad que la del sepulcro, se ve privado algunas veces de este estéril patrimonio.

Obsérvese que Tácito ha hablado de las Pirámides, y que su filosofía no le sugirió nada comparable á la reflexion que la Religion ha inspirado á Bossuet; influencia harto ostensible del genio del Cristianismo en el alma de un gran hombre.

El retrato mas hermoso de cuantos trazó Tácito, es el de Tiberio; pero queda borrado por el de Cromwell, porque Bossuet se muestra tambien historiador en sus *Oraciones fúnebres*. ¿Y qué diremos del grito de regocijo en que prorrumpe Tácito, al hablar de los bructeros, que se degollaban á la vista de un campamento romano? «Mediante el favor de los dioses, tuvimos el placer de contemplar este combate, sin tomar parte en él. Meros espectadores, vimos, ¡caso admirable! á sesenta mil hombres degollarse á nuestra vista, para nuestro pasatiempo. ¡Ojalá, ojalá que las naciones, si no nos profesan amor, abrigen á lo menos en sus corazones un recíproco y eterno aborrecimiento!»

Oigamos ahora á Bossuet:

«En las épocas posteriores al Diluvio se dejaron ver esos devastadores de las provincias, llamados *conquistadores*, que impulsados por la única sed de mando, exterminaron á tantos inocentes... Desde entonces, la ambicion se burló, sin limite alguno, de la vida de los hombres, llegando al extremo de darse recíproca muerte, sin aborrecerse; pues el colmo de la gloria y la mas hermosa de las artes fue destruirse unos á otros.»

Imposible parece no adorar una religion que tan diametral diferencia establece entre la moral de Bossuet y la de Tácito.

El historiador romano, despues de referir que Trasilio habia predicho á Tiberio que seria emperador, añade: «En vista de estos hechos y de algunos otros, ignoro si las cosas de esta vida... están sujetas á las leyes de una inmutable necesidad, ó si únicamente dependen del acaso.»

Siguen á estas palabras las opiniones de los filósofos, que Tácito refiere con suma gravedad, dando bien á entender que creía en las predicciones de los astrólogos.

La razon, la sana moral, y la elocuencia se hallan

tambien, en nuestro sentir, en el lenguaje del sacerdote cristiano. Dice así:

«Ese largo encadenamiento de causas particulares que fundan y destruyen los imperios, dependen de los secretos designios de la divina Providencia. Dios empuña en las alturas de los cielos, las riendas de todos los reinos, y tiene en su mano todos los corazones. Ya enfrena las pasiones, ya les suelta la brida, y por su medio conmueve al género humano... Conoce nuestra sabiduría, siempre limitada por algun lado; y ora la ilumina y dilata sus alcances, ora la abandona á sus errores. La ciega, la precipita, la confunde por sí misma; entonces queda envuelta y presa en la red de sus propias sutilezas, y hasta sus precauciones se le convierten en nuevos lazos.... Dios prepara estos efectos en las causas mas lejanas, y descarga esos terribles golpes cuyo rechazo se hace sentir á tanta distancia... Mas, no se engañen los hombres: Dios encarrila, cuando así le place, el estraviado sentido; y el que insultaba la ceguedad de los demás, cae á su vez en las tinieblas mas densas, sin que por lo regular se necesite para ello otra cosa que verse rodeado de largas prosperidades.»

¿Cuán poco vale la elocuencia de la antigüedad, comparada con esta elocuencia cristiana!

### LIBRO CUARTO.

#### Elocuencia.

##### CAPITULO PRIMERO.

Del Cristianismo en la elocuencia.

El Cristianismo suministra tantas pruebas de su excelencia, que cuando se cree que solo hay un asunto de qué tratar, de repente se brinda á la pluma otro nuevo. Hablábamos de los filósofos, y hé aquí á los oradores que vienen á pedirnos no les pasemos en silencio. Razonábamos acerca del Cristianismo en las ciencias y en la historia, y el Cristianismo nos llamaba ya para que presentemos al mundo los mayores efectos que se conocen de la elocuencia. Los modernos deben á la religion cristiana este arte de la palabra, que, si hubiese faltado á nuestra literatura, hubiera dado al genio antiguo una decidida superioridad sobre el nuestro. Este es uno de los mas brillantes triunfos de nuestro culto; y á pesar de todo cuanto se diga en elogio de Ciceron y Demóstenes, Massillon y Bossuet pueden sin temor competir con ellos.

Los antiguos no conocieron sino la elocuencia forense y política, puesto que la moral y política, es decir, la elocuencia de todos tiempos, gobiernos y paises, no brilló en la tierra hasta la aparicion del Evangelio. Ciceron defiende á un cliente; Demóstenes impugna á un enemigo, ó trata de reanimar el amor patrio en un pueblo degenerado; uno y otro solo saben excitar las pasiones, y fundan la esperanza de conseguirlo en la agitacion á que entregan los corazones. La elocuencia sagrada ha buscado su victoria en mas alta region: propónese atraer el alma combatiendo sus movimientos, y hacerse oír de ella aplacando sus pasiones. Dios y la Caridad: hé aquí su texto, siempre el mismo, inagotable siempre. No há menester los bastardos manejos de una bandería política, ni las conmociones populares, ni grandes circunstancias para brillar, puesto que en la paz mas profunda, y en la tumba del mas oscuro ciudadano sabe hallar sus mas sublimes movimientos, y excitar el interés en favor de una virtud ignorada, haciendo correr las lágrimas por un hombre de quien nunca se ha oído hablar. Incapaz de temor y de injusticia, da lecciones á los reyes, pero sin ultrajarlos, y consuela al pobre, sin contemporizar con sus vicios. No ignora la política ni las cosas terrenas; pero estos asuntos, que constituían

los principales motivos de la elocuencia antigua, solo son para ella razones secundarias; las ve desde las alturas en que domina, bien así como el águila descubre desde la cima de la montaña los mezquinos objetos de la llanura.

Lo que distingue la elocuencia cristiana de la elocuencia griega y romana, es esa *tristeza evangélica que es su alma*, segun La Bruyere, esa magestuosa melancolia de que se alimenta. Leemos una vez y quizá otra, las *Verrinas* y las *Catilinarias* de Ciceron, la *Oracion por la Corona* y las *Filípicas* de Demóstenes; pero meditamos sin cesar y hojeamos noche y dia las *Oraciones fúnebres* de Bossuet y los *Sermones* de Bourdaloue y Massillon. Los discursos de los oradores cristianos son libros, al paso que los de los oradores de la antigüedad solo son discursos. ¡Con cuán maravilloso criterio reflexionan los santos doctores sobre las vanidades mundanas! «Toda vuestra vida, dicen, es una embriaguez de un dia, y empleais este dia en correr en pos de las mas locas ilusiones; admitamos la hipótesis de que llegais al colmo de todos vuestros votos, y que gozais de todos vuestros deseos: ya sois reyes, emperadores y ámbitos de la tierra; pues bien: ¡un momento despues, la muerte habrá borrado todas estas nadas con vuestra propia nada!»

Este género de meditaciones, tan grave y solemne, tan naturalmente adaptado al género sublime, fue de todo punto desconocido de los oradores de la antigüedad. Los paganos se consumían *tras las sombras de la vida*, porque ignoraban que la verdadera existencia empieza en la muerte. Solo la religion cristiana fundó esa gran escuela de la tumba, en que se instruye el apóstol del Evangelio. Si Demóstenes y Ciceron han sido eminentes oradores, consiste en que fueron religiosos, al paso que los miembros de la Convencion solo presentaron talentos incompletos, y girones, por decirlo así, de elocuencia, porque atacaron la fe de sus padres, privándose de este modo de las inspiraciones del corazon.

#### CAPITULO II.

DE LOS ORADORES.

Los Padres de la Iglesia.

La elocuencia de los doctores de la Iglesia tiene algo de imponente y augusto, cuya autoridad confunde y subyuga, porque se conoce que su mision procede de lo alto, y que enseñan por mandato expreso del Omnipotente. No obstante, en medio de estas inspiraciones, su genio conserva la calma y la magestad.

San Ambrosio es el Fenelon de los Padres de la Iglesia latina. Es florido, fácil, abundante; y prescindiendo de ciertos defectos propios de su siglo, sus obras ofrecen una lectura tan amena como instructiva; para convencerse de ello basta leer su *Tratado de la Virginitad*, y el *Elogio de los Patriarcas*.

Al nombrar hoy á un santo, nos asalta al punto la idea de un fraile grosero y fanático, entregado por imbecilidad ó por carácter á una supersticion ridicula. Agustin ofrece, sin embargo, muy diferente cuadro: un jóven impetuoso y dotado de talento, se abandona á sus pasiones; pero saciado en breve de todos los placeres, se admira de que los amores de la tierra no sean poderosos á llenar el vacío de su corazon. Dirige al cielo su alma inquieta, pues una voz desconocida le dice que en él reside esa suprema hermosura porque suspira; Dios le habla interiormente, y este hombre mundano á quien el mundo no habia podido satisfacer, halla al fin el descanso y la plenitud de sus deseos en el seno de la Religion.

Montaigne y Rousseau nos han dado sus *Confesiones*; pero el primero se burló de sus lectores, y el

segundo reveló vergonzosas torpezas, proponiéndose al juicio de Dios como un modelo de virtud. En las *Confesiones* de San Agustín se aprende á conocer al hombre cual es realmente. El santo no se confiesa á la tierra sino al cielo, y nada oculta al que ve todo; es un cristiano arrodillado en el tribunal de la penitencia, que llora sus faltas y las descubre para que el médico aplique á la llaga el conveniente remedio. No teme cansar con los pormenores de sus dolencias al que dijo estas palabras sublimes: *Es paciente, porque es eterno.* ¡Y qué retrato nos hace del Dios á quien confía sus errores!

«Vos sois infinitamente grande, dice, infinitamente bueno, infinitamente misericordioso, infinitamente justo; vuestra hermosura es incomparable, vuestra fuerza irresistible, vuestro poder sin límites. Siempre en acción, siempre en descanso, sostenéis, llenáis y conserváis el universo; amais sin pasión, sois zeloso sin inquietudes, y al cambiar vuestras operaciones, jamás cambiáis vuestros designios... Pero ¿qué os digo aquí, Dios mío, y qué puedo decir hablando de vos?»

El mismo hombre que trazó esta brillante imagen del verdadero Dios, va á hablarnos ahora con la más ingenua sencillez de sus errores juveniles:

«Partí al fin para Cartago, mas no bien hube llegado á esta ciudad, me ví asediado de multitud de culpables amores, que por todas partes se me presentaban... Parecíame insufrible un estado tranquilo, y solo buscaba los caminos llenos de lazos y precipicios.

«Pero mi felicidad hubiera consistido no menos en ser amado que en amar, pues queremos hallar la vida en lo que amamos... Caí al fin en las redes en que deseaba verme envuelto: fui amado, y poseí lo que anhelaba. Mas, ¡oh, Dios mío! Entonces me hiciste conocer vuestra bondad y misericordia, abrumándome de amarguras, pues en lugar de las delicias que me habia prometido, tan solo conocí zelos, sospechas, temores, cólera, discordias y frenesí.

El tono sencillo, triste y apasionado de esta descripción; esa conversión á la Divinidad y á la calma del cielo, en el momento en que el santo parece hallarse más agitado por las ilusiones de la tierra y por el recuerdo de los errores de su vida; esta mezcla de pesar y de arrepentimiento está llena de encantos. No conocemos palabras llenas de más delicada ternura que estas: «Mi felicidad hubiera consistido no menos en ser amado que en amar, *pues queremos hallar la vida en lo que amamos.*» San Agustín es quien dijo también estas palabras: «Un alma contemplativa se constituye á sí misma en una soledad.» *La Ciudad de Dios*, las Epístolas y algunos tratados del mismo Padre abundan en pensamientos de esta clase. San Gerónimo brilla por la lozanía de su imaginación, que no habia podido apagar una erudición inmensa. La colección de sus epístolas es uno de los monumentos más curiosos de la literatura de los Padres. Pero, á imitación de San Agustín, tropezó en el escollo de los mundanos deleites.

San Gerónimo se complace en pintar la naturaleza y la soledad. Desde el fondo de su gruta de Belem vió la caída del imperio romano: ¡vástimo asunto de reflexiones para un santo anacoreta! Así es que la muerte y la celeridad de nuestra vida ocupan incesantemente la imaginación del santo.

«Morimos y cambiamos á cada momento, escribe á uno de sus amigos, y no obstante, vivimos cual si fuésemos inmortales. El tiempo que empleo en estampar estas palabras, debe ser restado del número de mis días. Nos escribimos con frecuencia, mi querido Heliodoro, y nuestras cartas atraviesan los mares; pero á medida que la nave huye, cada ola nos roba un momento de existencia.»

Bien así como San Ambrosio es el Fenelon de los Padres, Tertuliano es su Bossuet. Una parte de su

defensa en favor de la Religión pudiera servir aun hoy en la misma causa. ¡Cosa por cierto extraña es que el Cristianismo se vea actualmente en la necesidad de defenderse delante de sus hijos, como se defendía antiguamente delante de sus verdugos, y que la *Apologetica para los GENTILES* haya llegado á ser la *Apologetica para los CRISTIANOS!*

Lo más digno de atención en esta obra es el desarrollo del espíritu humano: éntrase al leerla en un nuevo órden de ideas, y se echa de ver que lo que allí se oye no es ya la primera antigüedad ó el primer ensayo de la palabra humana.

Tertuliano habla como un moderno; las causas de su elocuencia están tomadas en el círculo de las verdades eternas, que no en las apasionadas razones ó en las circunstancias del momento, empleadas en la tribuna romana, ó en la plaza pública de Atenas. Estos progresos del genio filosófico son evidente fruto de nuestra religión. Sin la absoluta proscripción de los falsos dioses y el establecimiento del verdadero culto, el hombre hubiera envejecido en una infancia interminable, porque manteniéndose siempre en el error, relativamente al Primer Principio, el resto de sus nociones hubiérase resentido más ó menos de este vicio fundamental.

Los demás tratados de Tertuliano, y en particular los de la *Paciencia*, de los *Espectáculos*, de los *Mártires*, de los *Adornos de las mujeres* y de la *Resurrección de la carne*, abundan en hermosos rasgos. «No sé, dice el orador (increpando por su lujo á las mujeres cristianas), no sé si unas manos acostumbradas á los brazaletes, podrán soportar el peso de las cadenas, ni si unos pies adornados de cintas se acostumbrarán al dolor de los grillos. Mucho temo que una cabeza rodeada de sargas de perlas y diamantes, no deje lugar alguno á la cuchilla.»

Estas palabras, dirigidas á unas mujeres á quienes diariamente se conducía al cadalso, brillan por su valor y su fe.

Duélenos no poder citar íntegra la epístola á los Mártires, que adquirió más interés para nosotros después de la persecución de Robespierre. «Ilustres confesores de Jesucristo! exclama Tertuliano, un cristiano encuentra en su prision las mismas delicias que los profetas encontraban en el desierto... No le llaméis calabozo, sino soledad. Cuando el alma habita el cielo, el cuerpo no siente el peso de las cadenas, y arrastra en pos á todo el hombre.»

Esté rasgo final es sublime.

Bossuet tomó del sacerdote de Cartago este pasaje tan terrible y admirable: «Nuestra carne cambia pronto de naturaleza, nuestro cuerpo toma otro nombre; *ni aun el de cadáver*, dice Tertuliano, *porque aun nos muestra alguna forma humana, le dura mucho tiempo, sino que se transforma en un objeto que no tiene nombre en ningún idioma*; ¡tan cierto es que todo muere en él, hasta esas palabras fúnebres con que se designan sus desventurados restos!»

Tertuliano era muy sabio, aunque se acusa de ignorancia, pues en sus escritos se hallan detalles acerca de la vida privada de los romanos, que en vano se buscarían en otra parte, si bien los frecuentes barbarismos y una latinidad africana deshonran las obras de este eminente orador. Suele también caer en la declamación, y su estilo nunca es seguro. «El estilo de Tertuliano es de hierro, decía Baalzac, pero confesemos que con este hierro forjó armas de hermoso temple.»

Segun Lactancio, llamado el *Ciceron cristiano*, San Cipriano es el primer Padre *elocuente de la Iglesia latina*. Pero San Cipriano imita casi siempre á Tertuliano, *disminuyendo, así las faltas como las bellezas de su modelo*. Tal es el juicio de La Harpe, cuya autoridad debe ser citada siempre en crítica.

Entre los Padres de la Iglesia griega, solo son dos

muy elocuentes: San Crisóstomo y San Basilio. Las homilias del primero acerca de la *Muerte*, y sobre la *Desgracia de Eutropio* son obras maestras. La locución de San Crisóstomo es castiza, pero difícil, pues fatiga su estilo á la manera de Isócrates; por esta razón, Libanio le confiaba su cátedra de retórica antes que el joven orador se convirtiese á las creencias cristianas.

San Basilio, mas sencillo y menos elevado que San Crisóstomo, se mantiene casi siempre en el tono místico y en la paráfrasis de la Escritura.

San Gregorio Nazianceno, llamado el *Teólogo*, además de sus obras en prosa, nos dejó algunos poemas acerca de los misterios del Cristianismo.

«Vivia continuamente, dice Fleury, en su soledad de Arianzo, su país natal, donde constituían todas sus delicias un jardín, una fuente y los árboles que le daban sombra. Ayunaba y oraba con copiosas lágrimas... Estas santas poesías fueron la ocupación de San Gregorio en su último retiro, y en él escribió la historia de su vida y sufrimientos... Oraba, enseñaba, explicaba los misterios y daba máximas para mejorar las costumbres... Su objeto era proporcionar á los aficionados á la poesía y á la música asuntos útiles para su pasatiempo, y para no dejar á los paganos la ventaja de creer que ellos eran los únicos que podían brillar en las bellas artes.»

Por último, el que era llamado el último de los Padres antes del nacimiento de Bossuet, es decir, San Bernardo, reúne á un gran talento una gran doctrina. Brilla especialmente en la pintura de las costumbres, y tenia algo del genio de Teofrasto y La Bruyere.

«El orgulloso, dice, tiene la palabra alta y el silencio sombrío; es disoluto en la alegría, furioso en la tristeza, impúdico en su vida privada, y decente en público; marcha con la frente erguida, es áspero en sus respuestas, siempre fuerte para el ataque, débil siempre para la defensa; cede con repugnancia, é importuna para lograr lo que anhela; no hace lo que puede y debe hacer, sino que está pronto á hacer lo que no debe ni puede.»

No olvidemos esa especie de fenómeno del siglo xiii, el libro intitulado: *Imitación de Jesucristo*. ¿Cómo pudo un fraile, encerrado en su claustro, hallar esa medida de expresión, y adquirir ese delicado conocimiento del hombre, en un siglo en que las pasiones eran groseras, y el gusto aun más grosero? ¿Quién le reveló en su soledad esos misterios del corazón y de la elocuencia? Un solo maestro: Jesucristo.

### CAPITULO III.

#### Massillon.

Si ahora salvamos muchos siglos, llegaremos á unos oradores cuyos nombres desconciertan á ciertas gentes, porque conocen que no bastan los sofismas para destruir la autoridad con que resplandecen Bossuet, Fenelon, Massillon, Bourdaloue, Flechier, Mascaron y el abate Poulle.

Muy sensible nos es haber de pasar rápidamente sobre tantas riquezas, sin poder detenernos en ninguno de estos oradores. ¿Cómo, empero, elegir entre tantos tesoros? ¿Cómo citar al lector cosas que le sean desconocidas? ¿No aumentaríamos demasiado estas páginas, recargándolas con estas ilustres pruebas de la hermosura del Cristianismo? No emplearemos, pues todas nuestras armas, ni abusaremos de nuestras ventajas, apurando en demasía la evidencia, por temor de arrojar á los enemigos del Cristianismo en la obstinación, último refugio del espíritu sofisticado, llevado al extremo.

Así, pues, no aduciremos en apoyo de nuestro raciocinio, ni á Fenelon, tan lleno de unción en las meditaciones cristianas; ni á Bourdaloue, fuerza y vic-

toria de la doctrina evangélica; no llamaremos en nuestro auxilio ni las sabias composiciones de Flechier, ni la brillante imaginación del último de los oradores cristianos, el abate Poulle. ¡Oh, Religion! ¡Cuán grandes son tus triunfos! ¿Quién podría dudar de tu hermosura, cuando Fenelon y Bossuet ocupaban tus púlpitos, cuando Bourdaloue instruía con voz grave á un monarca, á la sazón feliz, y para cuyos infortunios reservaba el misericordioso cielo al bondadoso Massillon?

No es esto decir que el obispo de Clermont no tuviese otros dotes que la dulzura del genio, pues sabe también hacer oír vigorosos y varoniles acentos. Parecen que se ha ensalzado harto exclusivamente su *Pequeña Cuaresma*, pues si bien es cierto que su autor manifiesta en ella gran conocimiento del corazón humano, observaciones exactas acerca de los vicios de las córtes, y máximas morales escritas con una elegancia no incompatible con la sencillez, es igualmente cierto que brilla con una elocuencia más robusta, un estilo más atrevido, movimientos más patéticos y pensamientos más profundos en algunos de sus demás sermones, como en los de la *Muerte*, la *Impenitencia final*, el *Escaso número de los elegidos*, la *Muerte del Pecador*, la *Necesidad de una vida futura*, y la *Pasión de Jesucristo*. Leed por ejemplo esta pintura del pecador moribundo:

«Por último, en medio de estos tristes esfuerzos, sus ojos se fijan, sus facciones se demudan, su semblante se desfigura, sus lívidos labios se entreabren por sí mismos, todo su espíritu se estremece; y mediante este supremo esfuerzo, su alma se arranca á su pesar de ese cuerpo de cieno, y se encuentra sola al pié del tribunal de la penitencia.»

A este cuadro de la muerte del impío, unid el de la nada de las cosas humanas:

«Mirad el mundo cual le habeis visto en vuestros primeros años, y tal como le veis hoy: una nueva corte ha sucedido á la que vió vuestra niñez; la escena está ocupada por nuevos personajes; los principales papeles son desempeñados por nuevos actores: nuevos acontecimientos, nuevas intrigas, nuevas pasiones, nuevos héroes, así en la virtud como en el vicio, son actualmente objeto de las alabanzas, del escarnio y de la censura pública. Nada subsiste, todo cambia, todo se gasta, todo se desvanece; solo Dios permanece inmutable. El impetuoso torrente de los siglos corre á sus piés, y ve con indignación que los débiles mortales, arrebatados por esa rápida corriente, le insultan al pasar.»

El ejemplo de la vanidad de las cosas humanas, tomado del siglo de Luis XIV, que acababa de espirar (y citado quizá en presencia de los ancianos que habian visto su gloria), es harto patético. Las palabras que terminan este fragmento parecen proferidas por Bossuet sin deliberación: ¡tanta es su franqueza y sublimidad!

Citaremos ahora otro ejemplo de ese género enérgico de elocuencia que al parecer se niega á Massillon, en el mero hecho de hablarse únicamente de su abundancia y dulzura. Esta vez trasladaremos aquí un pasaje en que el orador abandona su estilo favorito, es decir, el sentimiento y las imágenes, para mostrarse tan solo argumentador. En el sermón de la *Verdad de una vida futura*, estrecha en estos términos al incrédulo:

«¿Qué más diré? Si todo fenece con nosotros, los desvelos que concedemos al nombre y á la posteridad son asaz frívolos; los honores tributados á la memoria de los varones ilustres, un error pueril, puesto que es no poco ridículo honrar lo que no existe; la religión de los sepulcros es una ilusión vulgar; las cenizas de nuestros padres y amigos, un vil polvo que es preciso esparcir al viento, pues que á nadie pertenece; los postereros deseos de los moribundos, tan sagrados aun en los pueblos más bárbaros, no son otra cosa que el

último sonido de una máquina que se rompe; y para decirlo en una palabra, si todo muere con nosotros, las leyes son una inmensa esclavitud; los reyes y los soberanos, unos fantasmas encumbrados por la necesidad de los pueblos; la justicia, una usurpación atentatoria á la libertad humana; la ley relativa al matrimonio, un vano escrúpulo; el pudor, una preocupación; el honor y la probidad, quimeras vanas; los incestos, los parricidios y las negras perfidias, caprichosos juegos de la naturaleza, y nombres sin sentido, inventados por la política de los legisladores.

»Ved aquí á lo que se reduce la sublime filosofía de los impíos; ved aquí esa fuerza, esa razón y esa sabiduría de que sin cesar blasonan. Admitid sus máximas, y el universo entero volverá á caer en un espantoso caos; todo se verá confundido sobre la tierra; destruidas quedarán todas las nociones del vicio y de la virtud; las mas inviolables leyes sociales se desvanecerán; perecerá la disciplina de las costumbres; el gobierno de los Estados é imperios carecerá de regla; vendrá á tierra toda la armonía de los poderes políticos, y el género humano se convertirá en un tropel de insensatos, de bárbaros, de felones y de seres desnaturalizados, sin mas ley que la fuerza, sin mas freno que sus pasiones y el temor de la autoridad, sin mas lazo que la irreligion y la independencia, sin mas dioses que sí mismos: ¡hé aquí el mundo de los impíos! Si este plan de gobierno merece vuestra aprobación, formad si podeis una sociedad compuesta de semejantes monstruos; y nada mas nos quedará que decirlo sino que seréis dignos de ocupar un lugar entre ellos.»

Compárese á Ciceron con Massillon, y á Bossuet con Demóstenes, y se hallarán siempre en su respectiva elocuencia las diferencias ya indicadas: en los oradores cristianos brillan un orden de ideas mas general, un conocimiento mas íntimo del corazón humano, un encadenamiento mas sólido de raciocinios, y por último, una elocuencia religiosa y triste, ignorada de la antigüedad.

Massillon compuso algunas oraciones fúnebres, pero son inferiores á sus demás discursos. Su *Elogio de Luis XIV* no es notable sino por su primera frase: «Solo Dios es grande, hermanos míos. ¡Hermosas son estas palabras, pronunciadas á la vista del féretro de Luis el Grande!»

## CAPITULO IV.

Bossuet, orador.

¿Y qué diremos de Bossuet, como orador? ¿Con quién le compararemos? ¿Qué discursos de Ciceron y Demóstenes no se eclipsan delante de sus *Oraciones fúnebres*? Para el orador cristiano parecen escritas estas palabras de un rey: *El oro y las perlas son bastante comunes; pero los labios del sabio son un vaso raro y sin precio*. Ocupado sin cesar del sepulcro, y como inclinado sobre los abismos de otra vida, Bossuet se complace en dejar caer de sus labios esas grandes palabras de tiempo y de muerte, que retumban en los silenciosos abismos de la eternidad. Se sumerge, se anega en inexplicables tristezas y en inconcebibles dolores. Ha trascurrido mas de un siglo, y aun resuena en los corazones este famoso grito: *¡Madama se muere, Madama ha muerto!* ¿Han recibido alguna vez los reyes semejantes lecciones? ¿Se expresó alguna vez la filosofía con tanta independencia? Nada vale la diadema á los ojos del orador; para él el pobre es igual al monarca, y el mas absoluto potentado del globo se ve en la precisión de oír, en presencia de miles de testigos, que sus grandezas son vanidad, que su poder es un sueño, y que su persona es polvo.

Tres cosas se suceden continuamente en los discursos de Bossuet: la brillantéz del genio ó de elocuencia; las citas, tan en armonía con el texto que forman con

él un todo; y las reflexiones ó sea la mirada de águila acerca de las causas del suceso de que se trata. Y con frecuencia, esta lumbrera de la Iglesia esparce la claridad en las discusiones que se relacionan con la mas alta metafísica ó con la mas sublime teología, pues nada se oculta para él en las sombras. El obispo de Meaux ha creado una lengua, tan solo hablada por él y en la que comunmente la palabra mas sencilla, la idea mas sublime, la frase mas trivial y la imágen mas terrible sirven, como en la Escritura, para darle dimensiones sorprendentes.

Así, cuando exclama, mostrando el ataúd de Madama: *¡Ved ahí, á pesar de su gran corazón, á esa princesa tan admirable y tan querida! ¡Vedla ahí, tal como la muerte nos la ha hecho!* ¿por qué produce un involuntario estremecimiento esta palabra tan sencilla: *tal como la muerte nos la ha hecho?* Por la oposición que resulta entre este *gran corazón* y esta *princesa tan admirable*, y el inevitable accidente de la muerte, que le sobrevino como á la mas desvalida de las mujeres; y porque el verbo *hacer*, aplicado á la muerte, que *deshace* todo, produce una contradicción en las palabras y un choque en las ideas que conmueve el alma; como si para pintar aquella catástrofe los términos hubiesen cambiado su acepción gramatical, y el lenguaje se hubiese conmovido como el corazón.

Hemos observado que á excepcion de Pascal, Bossuet, Massillon y La Fontaine, los escritores del siglo de Luis XIV ignoraron, por no haber vivido bastante en la soledad, esta especie de sentimiento melancólico de que tanto se abusa en nuestros días.

¿Cómo, empero, rodeado siempre de las pompas de Versalles, conoció el obispo de Meaux esta profundidad de meditacion? Porque halló una soledad en la Religión; porque si su cuerpo habitaba el mundo, su espíritu era morador del desierto; porque había puesto su corazón á la sombra de los tabernáculos secretos del Señor; porque (como él dijo de María Teresa de Austria), «se le veía correr á los altares para disfrutar en ellos con David de un humilde reposo y encerrarse en su oratorio; y porque á pesar del tumulto de la corte, hallaba el Carmelo de Elías, el desierto de Juan, y la montaña que oyó tantas veces los gemidos de Jesús.»

No todas las *Oraciones fúnebres* de Bossuet son de igual mérito, pero todas son sublimes por algun concepto. La pronunciada por la reina de Inglaterra es una obra acabada, de estilo, y un modelo de escritos filosóficos y políticos.

La de la duquesa de Orleans es la mas admirable, porque es una obra exclusivamente producida por el genio. En ella no figuran esos cuadros de los disturbios de las naciones, ni esa explanation de los negocios públicos, que sostienen la voz del orador. El interés que excita una princesa que deja de existir en la flor de su edad, parece debe agotarse en breve, pues todo se reduce á algunos contrastes vulgares de la hermosura, de la juventud y la grandeza, con lo terrible de la muerte; y no obstante, sobre este fondo estéril erigió Bossuet uno de los mas hermosos monumentos de la elocuencia; este fue su punto de partida para mostrar la miseria del hombre por su lado perecedero, y su grandeza por su lado inmortal. Empieza por rebajarlo hasta el nivel de los gusanos que le devoran en el sepulcro, para pintarlo luego glorioso con la virtud de los reinos incorruptibles.

No se sabe con cuál genio descendió en la oracion fúnebre de la princesa Palatina hasta la interpretación de un sueño, sin ofender la magestad del arte oratorio, al mismo tiempo que desplegó en este discurso su alta capacidad para las abstracciones filosóficas.

Si respecto de María Teresa y del canciller de Francia no se admiran los movimientos de los primeros elogios, las ideas del panegirista están tomadas en un círculo menos extenso ó en una naturaleza menos pro-

funda? Veámoslo. «Y ahora, dice, estas dos almas piadosas (Miguel Le Tellier y Lamoignon), poseídas en la tierra del deseo de hacer reinar las leyes, contemplan al descubierto las leyes eternas, de que las nuestras son una mera emanación; y si algun ligero vestigio de nuestras mezquinas distinciones se muestra aun en vision tan sencilla y clara, adoran á Dios en calidad de justicia y de regla.»

¿Y cuántos otros géneros de bellezas, de sublimidad, de amenidad ó de tristeza, se advierten en medio de esta teología! Véase el cuadro de la Fronde: «La monarquía agitada hasta sus cimientos, la guerra civil, la guerra internacional, el fuego en lo interior y lo exterior. ¿Era tal estado una de esas tempestades con que el cielo necesita alguna vez desahogarse, ó una concepcion laboriosa de la Francia, próxima á dar á luz el reinado prodigioso de Luis? «Siguen á estas palabras algunas reflexiones acerca de la falacia de las amistades terrenas, que «huyen con los años y los intereses,» y acerca de la oscuridad del corazón del hombre, «que nunca sabe lo que quiere, y que no es menos misterioso, ni menos impostor respecto de sí mismo que de los demás.»

Pero la trompeta resuena, y Gustavo se presenta: «Déjase ver á la Polonia vendida y juguete de la traicion, como un leon que ostenta en sus garras la presa que se dispone á despedazar. ¿Qué es de aquella formidable caballería que se ve precipitarse sobre el enemigo, con la celeridad del águila? ¿Qué se hicieron aquellas armas guerreras, aquellos martillos estratégicos tan celebrados, y aquellos arcos nunca tendidos en vano? ¿Ni los caballos son ya veloces, ni los hombres idóneos sino para huir delante del vencedor!»

Prosigo, y la voz de un profeta resuena poderosa en mis oídos. «Es por ventura Isaías ó Jeremías el que apostrofa la isla de la Conferencia y las pompas nupciales de Luis?»

«¡Fiestas sagradas, fausto himeneo, velo nupcial, bendicion, sacrificio, ojalá mezcle yo hoy vuestras ceremonias y vuestra suntuosidad con estas pompas fúnebres, y el colmo de las grandezas con el colmo de sus ruinas!»

El poeta (perdónesenos aplicar á Bossuet un título que constituye la gloria de David), el poeta continúa haciéndose oír; no pulsa ya la cuerda de la inspiracion, sino que templando su lira hasta el tono de que Salomon se sirvió para cantar los rebaños del monte Galaad, suspira estas tranquilas palabras: «En la soledad de Santa Fara, tan apartada de la voz del siglo que su ventajosa situacion la aisla de todo comercio con el mundo; en esa santa montaña escogida por Dios desde há mil años, donde las esposas de Jesucristo hacian florecer la hermosura de los antiguos días; donde las alegrías de la tierra eran desconocidas; donde las huellas de los hombres mundanos, de los curiosos y de los vagabundos, no se veian impresas en los caminos de la santa abadesa, que así sabia dar la leche á los niños como el pan á los fuertes; en esa soledad, los principios de la princesa Ana eran venturosos.»

Esta página, que parece extractada del libro de Ruth, no agota el pincel de Bossuet; quédale aun bastante de ese antiguo y suave colorido para pintar una muerte feliz: «Miguel Le Tellier, dice, empezó el himno de las divinas misericordias: MISERICORDIAS DOMINI IN ÆTERNUM CANTABO: *Cantaré eternamente las misericordias del Señor*. Espiró pronunciando estas dulces palabras, y prosiguió con los ángeles el sagrado cántico.»

Habíamos creído durante algun tiempo que la oracion fúnebre del príncipe de Condé, á excepcion del movimiento que la termina, era generalmente demasiado elogiada, pues juzgábamos era mas fácil, como en efecto lo es, llegar á las formas de elocuencia del principio de este elogio que á las del panegirico de

madama Enriqueta; mas cuando hemos leído maduramente este discurso; cuando hemos visto al orador empuñar la trompa épica durante la mitad de su peroracion, y componer como al azar un canto homérico; cuando, retirándose á Chantilly con Aquiles en desencanso, vuelve á entrar en el hogar evangélico, donde halla de nuevo los grandes pensamientos y las reflexiones cristianas que llenan sus principales oraciones fúnebres; cuando, despues de haber depositado á Condé en el ataúd, llama á los pueblos, á los príncipes, á los prelados y á los guerreros al catafalco del héroe; cuando, por último, avanzando con sus nevados cabellos y haciendo oír los acentos del cisne, muestra Bossuet un pié en la tumba y el siglo de Luis, cuyos funerales parece presidir, próximo á hundirse en la eternidad: á este postrer esfuerzo de la elocuencia humana, nuestros ojos han derramado lágrimas de admiracion, y el libro ha caído de nuestras manos.

## CAPITULO V.

Que la incredulidad es la causa principal de la decadencia del gusto y del genio.

Lo que hasta aquí hemos dicho, ha podido conducir al lector á esta reflexion: *Que la incredulidad es la causa principal de la decadencia del gusto y del genio*. Cuando nada se creyó en Atenas y en Roma, los talentos desaparecieron con los dioses, y las Musas entregaron á la barbarie á los que no tenian ya fe en ellas.

No puede calcularse hasta qué punto las buenas costumbres dependen del buen gusto, y el buen gusto se relaciona con las buenas costumbres. Las obras de Racine, que adquirian mayor pureza á medida que el autor se hacia mas religioso, terminan en la *Atalia*. Nótese, por el contrario, cómo la impiedad y el genio de Voltaire se revelan á la par en sus escritos por una mezcla de cosas esquisitas y de cosas repugnantes. El mal gusto, cuando es incorregible, es una falsedad de juicio, una desviacion natural en las ideas; y como el espíritu obra sobre el corazón, es difícil que las aspiraciones de este sean rectas, no siéndolo las de aquel. El que ama la fealdad en un tiempo en que mil obras maestras pueden dirigir y rectificar su gusto, no está lejos de amar el vicio, pues el hombre insensible á la belleza puede fácilmente desconocer la virtud.

El escritor que se niega á creer en un Dios autor del universo y juez de los hombres, cuya alma inmortal ha formado, destierra de sus obras lo infinito, y encierra su pensamiento en un círculo de cieno, de que ya no le es dado salir. Nada le parece noble en la naturaleza, en la que todo se opera, á su juicio, por medios impuros de corrupcion y de regeneracion. El abismo no es para él otra cosa que un agua bituminosa; las montañas son protuberancias de piedras calcáreas ó vitrificables; y ese cielo en que la luz pinta una inmensa soledad, como para servir de campo al ejército de los astros que acompañan en silencio á la noche; ese cielo, decimos, no es otra cosa á sus ojos que una estrecha bóveda momentáneamente suspendida por la mano caprichosa de la Casualidad.

Si el incrédulo se halla así limitado en las cosas de la naturaleza, ¿cómo pintará con elocuencia al hombre? Las palabras carecen para él de riqueza, pues cerrados le están los tesoros de la expresion. Contemplad ese cadáver en el fondo del sepulcro, esa estatua de la nada, envuelta en una mortaja: ¡ved ahí, hombre del ateísmo! Feto nacido del cuerpo impuro de la mujer inferior á los animales relativamente al *instinto*, polvo como ellos, y disolviéndose como *en polvo*; no como ellos, y obediendo á las leyes morales, sino á *apetitos* resortes físicos; viendo en perspectiva, *po* *que animado se decia de los gusanos*: ¡hé aquí

un soplo inmortal! No nos habéis de esos misterios del alma, ni de las secretas delicias de la virtud; ¡gracias de la niñez, amores de la juventud, noble amistad, elevación de la inteligencia, encantos del sepulcro y de la patria, todos vuestros prestigios se desvanecen!

La incredulidad trae además consigo el espíritu razonador, las definiciones abstractas, el estilo científico y el neologismo, cosas mortales para el gusto y la elocuencia.

Es posible que la suma de talentos repartidos á los autores del siglo xviii sea igual á la que recibieron los del siglo xvii. ¿Por qué pues este siglo es superior al primero? Porque, tiempo es ya de hablar sin ambages, los escritores de nuestra edad han sido, generalmente hablando, colocados á demasiada altura. Si hay tanto que censurar, como todos confiesan, en las obras de Rousseau y de Voltaire, ¿qué diremos de las de Raynal y Diderot? Háse ensalzado, y en verdad no sin razón, el método de nuestros últimos metafísicos; pero hubiérase, no obstante, debido advertir que hay dos géneros de claridad: la una pertenece á un orden vulgar de ideas, pues una idea trivial se explica fácilmente; pertenece la otra á una admirable facultad de concebir y expresar distintamente un pensamiento enérgico y complejo. Los guijarros del fondo de un arroyo se divisan sin trabajo, porque sus aguas no son profundas; pero el ámbar, el coral y las perlas atraen las miradas del escudriñador á profundidades inmensas, bajo las transparentes olas del abismo.

Esto sentado, si nuestro siglo literario es inferior al de Luis XIV, debemos buscar la causa de ello en nuestra religión. Hemos demostrado ya que Voltaire hubiera ganado tanto siendo cristiano, que disputaría hoy la palma de las Musas á Racine. Sus obras presentarían ese colorido moral sin el cual nada hay perfecto; ofrecerían también esos recuerdos de los tiempos que fueron, cuya ausencia forma en ellas tan gran vacío. El que reniega del Dios de su patria, casi nunca profesa respeto á la memoria de sus padres; ningún interés encierran para él los sepulcros; las instituciones de sus antepasados le parecen costumbres bárbaras, ni encuentra placer alguno en traer á la memoria las sentencias, la sabiduría y las inclinaciones de su madre.

Y sin embargo, es indudable que la mayor parte del genio se compone de esta clase de recuerdos. Las cosas mas hermosas que un autor puede consignar en un libro son los sentimientos que le inspiran las reminiscencias, siempre gratas, de los primeros días de su juventud. Voltaire desconoció no poco estas reglas de crítica, tan dulces por otra parte, al burlarse sin cesar de las costumbres y de los trajes de nuestros mayores. ¿En qué consiste que lo que halaga á los demás hombres, es precisamente lo que repugna al incrédulo?

La Religión es el móvil mas poderoso del amor patrio, y los escritores piadosos han hecho brillar siempre en sus producciones este noble sentimiento. ¡Con cuánto respeto, con cuán alta opinión hablan siempre de la Francia los escritores del siglo de Luis XIV! ¡Guay del que insulta á su país! Cáñese la patria de sernos ingrata, antes que nosotros nos cansemos de amarla; ¡sea nuestro corazón mayor que sus injusticias!

Si el hombre religioso ama á su patria, atribuirse debe á que su espíritu es sencillo, y á que los sentimientos naturales que nos unen á los campos de nuestros abuelos son el cierto modo el fondo y el hábito de su corazón. Da la mano á sus padres é hijos, y está plantado en el suelo natal, como la encina que ve hundirse en la tierra sus añosas raíces, mientras ostenta en su copa los nacientes retoños.

Rousseau es uno de los escritores del siglo pasado cuyo estilo tiene mas carácter singular por sistema, se ha debido á lo menos una

sombra de Religión, y tenía fe en una cosa, que si no era Jesucristo, era por lo menos el Evangelio; este fantasma de Cristianismo ha prestado algunas veces no poco interés á su genio. El, que con tanta fuerza tronó contra los sofistas, ¿no hubiera procedido mas acertadamente, abandonándose á la ternura de su alma, que perdiéndose como ellos en sistemas, cuyos vetustos errores se limitó á rejuvenecer?

Nada faltaría á Buffon si hubiese tenido tanta sensibilidad como elocuencia. Hé aquí la reflexión que tenemos lugar de hacer á cada paso, que repetimos hasta la saciedad, y de que nunca convenceremos bastante al siglo: sin Religión no hay sensibilidad. Buffon sorprende por su estilo, pero pocas veces logra enternecer. Léase su admirable artículo del perro; todos los perros están descritos en él: el perro cazador, el perro pastor, el perro salvaje, el perro del potentado, el perro del elegante, etc. ¿Qué perro falta en él? El del ciego. Pues bien: un cristiano se hubiera acordado desde luego de este perro.

Generalmente hablando, las relaciones tiernas se ocultaron á Buffon. Y no obstante, hagamos justicia á este gran pintor de la naturaleza: su estilo presenta una rara perfección. Para ajustarse tan exactamente á todas las consideraciones dignas de respeto; para no colocarse nunca ni muy alto ni muy bajo, preciso es tener mucha regularidad en el espíritu y en la conducta. Sabido es que Buffon respetaba todo lo digno de respeto y que no creía que la filosofía consistiese en hacer público alarde de la incredulidad, insultando los altares de veinte y cuatro millones de hombres. Era exacto en el cumplimiento de sus deberes cristianos, y servía de ejemplo á sus criados. Rousseau, ateniéndose al fondo y rechazando las formas exteriores del culto, hace ver en sus escritos la ternura de la Religión con el mal tono del sofista; en Buffon, por el contrario, se advierte la sequedad de la filosofía, á la par de las fórmulas de la Religión. El Cristianismo colocó en el fondo del estilo del primero el encanto, el abandono y el amor; y en el exterior del estilo del segundo, el orden, la claridad y la magnificencia. Así, las obras de estos dos hombres célebres presentan en bien y en mal, el sello de lo que escogieron y rechazaron de la Religión.

Al nombrar á Montesquieu, nombramos al verdadero gran hombre del siglo XVIII. *El espíritu de las Leyes*, y las *Consideraciones sobre las causas de la grandeza y decadencia de los romanos*, vivirán cuanto viva la lengua en que están escritas. Si en una obra de su juventud, lanzó Montesquieu contra la Religión algunas de las sátiras con que ridiculizaba nuestras costumbres, esto fue un error pasajero ó una especie de tributo pagado á la corrupción de la Regencia. Pero en el libro que colocó á Montesquieu en la categoría de los hombres ilustres, reparó de una manera brillante sus extravíos, haciendo el elogio del culto que había tenido la imprudencia de atacar. Su edad madura y el mismo interés de su gloria le hicieron comprender que para erigir un monumento duradero, era preciso abrir sus cimientos en un terreno menos movedizo que el polvo de este mundo: su genio, que abarcaba todos los tiempos, se apoyó en la única religión á que ha sido prometida la plenitud de los tiempos.

Dedúcese de estas reflexiones, que los escritores del siglo XVIII deben la mayor parte de sus defectos á un falso sistema de filosofía, y que si hubiesen sido mas religiosos, se hubieran acercado mas á la perfección.

Ha habido en nuestra edad, salvas algunas escasas excepciones, una especie de aborto general de talentos. Y aun pudiera decirse que la impiedad, que esteriliza todo, se manifiesta también en el empobrecimiento de la naturaleza física. Dirigid, sino, la vista á las generaciones posteriores al siglo de Luis XIV. ¿Dónde están aquellos hombres de magestuoso y tranquilo semblante, de noble apostura y vestido, de

locucion esmerada, de aspecto guerrero y clásico, conquistador é inspirado por las artes? No, no los hallamos ya por mas que los busquemos. Hombres pequeños y oscuros pasean cual pigmeos bajo los soberbios pórticos de los monumentos de otra edad; hombres cuya dura frente se pintan el egoísmo y el desprecio de Dios, perdieron la dignidad del traje y la pureza del habla; tomáseles pudiera, no ya por los hijos, sino por los farsantes de la gran raza que les ha precedido.

Los discípulos de la nueva escuela marchitan la imaginación con cierta verdad que no es la verdad. Su estilo es seco, su expresión carece de franqueza, y en su imaginación no brillan el amor ni el fuego; no tienen unción, ni facultad, ni sencillez. No se advierten en sus obras pensamientos robustos y vigorosos; ni respira en ellas la inmensidad, porque falta la Divinidad. En lugar de esa tierna religión, de este armonioso instrumento de que los autores del siglo de Luis XIV se servían para hallar el tono de su elocuencia, los escritores modernos hacen uso de una filosofía mezquina que todo lo divide, que mide á compás los sentimientos, que somete el alma al cálculo, y reduce el universo, sin excluir á Dios, á una pasajera sustracción de la nada.

Así, pues, el siglo xviii disminuye diariamente en la perspectiva, mientras que el xvii parece elevarse á medida que nos alejamos de él; el uno baja, el otro sube á los cielos. Vano empeño sería el de deprimir el genio de Bossuet y el de Racine, pues representa esa colosal figura de Homero que se vislumbra á través de las edades: algunas veces queda oscurecida por el polvo que levanta un siglo al desplomarse; pero no bien desaparece la impura nube, se ve reaparecer la magestuosa figura, que ha agigantado sus proporciones para dominar las nuevas ruinas.

## LIBRO QUINTO.

### Armonías de la religión cristiana con las escenas de la naturaleza y las pasiones del corazón humano.

#### CAPITULO PRIMERO.

##### Division de las armonías.

ANTES de pasar á la descripción del culto, debemos examinar algunos asuntos que no hemos podido desenvolver cumplidamente en los libros anteriores. Estos asuntos se relacionan con el aspecto físico ó el moral de las artes. Así, pues, las localidades de los monasterios, las ruinas de los monumentos religiosos, etc., se refieren á la parte material de la arquitectura, mientras que los efectos de la doctrina cristiana atañen á la parte dramática y descriptiva de la poesía, á la par de las pasiones del corazón humano y de los cuadros de la naturaleza.

Estos son los asuntos que reunimos en este libro, bajo el título general de *Armonías*, etc.

#### CAPITULO II.

##### ARMONÍAS FÍSICAS.

Continuación de los monumentos religiosos, conventos de maronitas, coftos, etc.

HAY en las cosas humanas dos clases de naturaleza, colocadas, una al principio, y otra al fin de la sociedad. Si así no fuese, el hombre, alejándose siempre de su origen, hubiérase trocado en una especie de monstruo; pero, merced á una ley providencial, cuanto mas se civiliza, mas se acerca á su primitivo esta-

do, pues acontece que la ciencia en su mas alto grado es la ignorancia, y que las artes perfectas son la naturaleza.

Esta naturaleza, ó sea la *naturaleza social*, es la mas hermosa: en ella el genio es el instinto, y la virtud la inocencia, porque el genio y la virtud del hombre civilizado no son otra cosa que el instinto y la inocencia perfeccionados del salvaje. Pero nadie puede comparar un indio del Canadá á Sócrates, aunque aquel sea, rigurosamente hablando, tan moral como este; ó bien sería necesario sostener que la paz de las pasiones no desarrolladas en el niño, tiene la misma excelencia que la paz de las pasiones dominadas en el hombre, y que el ser dotado de meras sensaciones es igual al ser pensador, lo que equivaldría á decir que la debilidad es tan hermosa como la fuerza. Un pequeño lago no devasta sus orillas, y nadie se admira de ello, pues su impotencia produce su reposo; pero la calma complace en el mar, porque este tiene el poder de desatar las tormentas, y admiramos el silencio del abismo porque procede de la misma profundidad de sus aguas.

Entre los siglos del estado natural y los de la civilización, hay otros que hemos apellidado *siglos de barbarie*, y que fueron ignorados de los antiguos. Compónense de la reunión súbita de un pueblo culto y de un pueblo salvaje; estas edades deben ser notables por la corrupción del gusto. Por un lado, el hombre salvaje, al apoderarse de las artes, no tiene bastante delicadeza para llevarlas hasta la elegancia; y por otro, el hombre culto no tiene bastante sencillez para descender de nuevo á la mera naturaleza.

Nada puede entónces esperarse de puro sino en los objetos donde obra directamente una causa moral, con independencia de las temporales. Por esta razón, los primeros solitarios, entregados al gusto delicado y seguro de la Religión, que nunca engaña cuando nada extraño se mezcla á él, eligieron en las diferentes partes del mundo los sitios mas notables para fundar en ellos sus monasterios. No hay ermitaño que no sepa, tan bien como Claudio de Lorena ó Lenotre, el peñascos en que debe establecer su gruta.

Véñese aquí y acullá en la cadena del Líbano muchos conventos maronitas, construidos sobre los abismos. Penétrase en unos por medio de largas cavernas, cuya entrada se cierra con enormes piedras, y á otros no puede subirse sino por medio de una cesta colgante. El rio santo sale del pie de la montaña; el bosque de negros cedros domina el cuadro, y está á su vez dominado por las redondeadas cumbres que la nieve cubre con su blancura. El prodigio no termina hasta el momento en que se llega al monasterio, en cuyo interior se ven viñas, arroyos y bosquecillos, y en su exterior se admira una naturaleza horrorosa, y la tierra que se pierde y huye con sus rios, sus campos y sus mares en las azuladas profundidades. Alimentados por la Religión, entre la tierra y el firmamento en aquellas escarpadas rocas, los piadosos solitarios emprenden su vuelo hácia los cielos como las águilas de sus montañas.

Las celdas redondas y separadas de los conventos egipcios están encerradas en el recinto de una muralla que les defiende de los árabes. Desde la cúspide de la torre que descuellan en medio de estos conventos, descúbrese vastas llanuras de arena sobre las que se levantan los pardos vértices de las Pirámides, ó los mojones que indican el camino al viajero. Tal vez, una caravana abisinia ó algunos beduinos errantes cruzan á lo lejos uno de los horizontes de la movable extensión; tal vez, el viento meridional oscurece la mágica perspectiva en una atmósfera de polvo. La luna ilumina un suelo desnudo, donde las mudas brisas no encuentran ni una brizna de yerba en que formar una verde alfombra; el desierto sin árboles se muestra por doquier, y las adyacencias del mo-